



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

EL RECURSO DEL JUEGO EN EL TRATAMIENTO CON ADOLESCENTES

GABRIEL PÚLICE

Universidad Nacional de La Plata

gopulice@gmail.com

El recurso del juego en el tratamiento de adolescentes

Resumen:

El trabajo clínico con adolescentes impone a los psicoanalistas con suma frecuencia la revisión y puesta a prueba de su caja de herramientas conceptuales y técnicas, tanto como de su temple, su paciencia y su creatividad. La palabra, cede a menudo su lugar al silencio o a la acción en tan diversos y floridos modos de expresión que sería en vano intentar agotarlos en un inventario. Los momentos de analizabilidad suelen ser intensos, pero también discontinuos, dispersos, en una temporalidad que difícilmente resulte domesticable en alguna rutina. En este contexto, abordaremos dos historiales clínicos en los que la implementación del recurso del juego resultó de crucial importancia como soporte del vínculo transferencial, el encuadre, y las vicisitudes de un tratamiento (im)posible. El condimento adicional del «marco institucional» en el que transcurren, es asimismo la coartada para poner en interrogación tanto los límites del dispositivo analítico, como los alcances e incumbencias de una praxis sostenida en la ética freudiana.

Palabras clave: Adolescencias; psicoanálisis; juego.

The resource of playing in treatment for adolescents.

Abstract:

Clinical work with adolescents frequently requires psychoanalysts to review and test their conceptual and technical toolbox, as well as their mettle, patience and creativity. Words often give way to silence or action — in such diverse and flowery modes of expression that it would be in vain to try to exhaust them in an inventory. The moments of analyzability are usually intense, but also discontinuous, dispersed, in a temporality that is difficult to domesticate in any routine. In this context, we will address two

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

clinical histories in which the implementation of the game resource was of crucial importance as a support for the transference link, the setting, and the vicissitudes of an (im) possible treatment. The additional seasoning of the "institutional framework" in which they take place is also the alibi to question both the limits of the analytical device, as well as the scope and responsibilities of a sustained praxis in Freudian ethics.

Key words: Adolescents; psychoanalysis; playing.

Resumen curricular:

Psicoanalista, escritor e investigador. Supervisor clínico. Docente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y ex docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente / Expositor en actividades académicas de extensión, grado y posgrado realizadas en diversas Universidades de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, España, Estados Unidos, Perú, México y Uruguay. Coordinador del foro *Investigación ◇ Psicoanálisis*, en Psicomundo, desde 2000. Autor de los libros: *Acompañamiento Terapéutico, transferencia y dirección de la cura*, Buenos Aires (2018); *Fundamentos clínicos del Acompañamiento Terapéutico* (2011/2016). Co-autor de los libros: *Investigación ◇ Psicoanálisis. El problema de la transmisión, y los límites del lenguaje* (Letra Viva, 2020); *Investigación ◇ Psicoanálisis. Fundamentos Epistémicos y metodológicos* (El diván negro, 2019); *Investigar la subjetividad* (Letra Viva, 2007); *Investigación ◇ Psicoanálisis. De Sherlock Holmes, Peirce y Dupin, a la experiencia freudiana* (Letra Viva, 2000), participando además en otras numerosas compilaciones y publicaciones de carácter internacional.

El recurso del juego en el tratamiento de adolescentes¹.

I. Introducción

El material que aquí se presenta requiere introducir previamente —aunque más no sea de manera aproximativa— algunas consideraciones acerca de las particulares coordenadas en que las intervenciones referidas han tenido lugar: un *dispositivo de atención ambulatoria* específicamente destinado a jóvenes en situación de procesamiento penal, sobre quienes la autoridad judicial competente disponía su libertad, a condición de aceptar su inclusión en esa instancia institucional. Entre los aspectos peculiares del encuadre, el «lugar» en que se desarrollaban las entrevistas era algo a estipular con cada joven y su entorno familiar, dándole prioridad en esa elección a que se pudiera contar con «*la mayor privacidad posible*». Así, los encuentros podían realizarse tanto en la sede de la institución como en su domicilio, en una plaza cercana, o en un bar. Por otra parte, estaba contemplado también acompañarles —en caso de considerarse oportuno— en las distintas tramitaciones que tuvieran que realizar para regularizar su documentación, gestionar su reinserción educativa o propiciar su atención médica. Respecto de las coordenadas temporales, estaba contemplado que se mantuviera al menos una entrevista semanal en un horario a convenir, estando previsto disponer en ocasiones algunas entrevistas adicionales para realizar las tramitaciones referidas, entrevistar a los adultos a cargo, o en caso de atravesarse situaciones de crisis. No estaba estipulada en forma estricta la duración de esas intervenciones, salvo que debían cesar al cumplir los jóvenes la mayoría de edad, o al cerrarse la causa judicial. Es preciso situar, además, que en la mayoría de los casos —e independientemente de su situación económica— se trataba de adolescentes en extrema situación de vulnerabilidad social.

Es en este contexto que tuvieron lugar los *tratamientos* de Alberto y Marcelo², en los que la implementación del recurso del *juego* resultó de crucial importancia como soporte del encuadre, el trabajo clínico y el vínculo transferencial.

¹ Material presentado en el Seminario: *Adolescencia y marginalidad*, dictado en el Instituto Garrigós a través de la *Escuela de Formación Especializada* del organismo por entonces denominado *Consejo Nacional del Menor y la Familia*, 1999.

² Nombres ficticios para resguardar la identidad.

II. El juego como escenario del despliegue pulsional del adolescente

Alberto es derivado al mencionado dispositivo de atención ambulatoria para iniciar un *tratamiento psicológico*, por indicación del *Juzgado de Menores* que intervenía en la causa que se le abre por *tentativa de robo*, a la edad de 17 años. Vivía por entonces con sus padres y nueve hermanos en una vivienda humilde, una casa que alquilaban pero estaba en ese momento en juicio de desalojo. Su madre pertenecía a los *Testigos de Jehová*, se desempeñaba como empleada doméstica, y desde hace varios años padecía el *mal de Chagas*. Su padre realizaba trabajos de albañilería, pintura, plomería y también repara artefactos eléctricos, pero desde varios meses atrás tenía poco trabajo: “Ya visité a los más conocidos, a los menos conocidos, a los recomendados... ya me cansé, no hay nada”, dice. Ambos estuvieron separados hasta hace poco tiempo, el padre se había ido a vivir con otra mujer, a quien continuó viendo durante algún tiempo.

— *Cada hijo, una pelea* —dice la madre, recordando que la última separación fue en relación al nacimiento de su hija menor.

Alberto acepta su inclusión en el dispositivo, realizándose los primeros encuentros en una habitación de su casa. En la primera entrevista, dice que su madre le cuenta confidencialmente que su padre la sigue engañando, lo que le genera mucha bronca hacia él. Sentimiento que se acentúa cuando el padre lo emplaza a conseguir trabajo, amenazándolo con echarlo de la casa. Ante esto, cuestiona su autoridad moral: — “Él está haciendo algo peor”.

Al enterarse de que el joven había hablado sobre el tema con su terapeuta, la madre intenta *invadir* la entrevista siguiente: dice que tiene miedo de las represalias de su marido, denuncia su violencia, de la que los niños —dice— “siempre han sido testigos”. Se le indica, sin embargo, la necesidad de respetar el horario de su hijo, ofreciéndosele otro horario para realizar una entrevista con ella.

La complicada situación familiar parece desbordar al joven, siendo involucrado por sus padres en sus problemas de pareja a los que él no puede aportar ninguna solución. Sólo puede decir que prefiere que su padre se vaya de la casa, quedando situado allí como *el confidente de su madre*. De todos sus hijos —entre quienes es el segundo— su madre sólo le cuenta a él sobre la infidelidad del padre, lo que tiene como

consecuencia que, al volver el padre a su hogar, Alberto queda en una posición sumamente incómoda.

Luego de esto, se ausenta por primera vez, se *olvida* de la entrevista, llama por teléfono al terapeuta para suspender la siguiente, y dice que quiere dejar el tratamiento. Se le indica que eso es conveniente hablarlo personalmente, considerándose que su llamado —aunque más no fuera para suspender la entrevista— permite sin embargo suponer algún punto de implicación con ese espacio. Se combina un nuevo encuentro, en el que dice que “en las entrevistas se aburre”. Se interpreta que este *aburrimiento* está en relación a sus dificultades para tramitar a través de la palabra lo que le pasa, habiéndose observado desde las primeras entrevistas familiares que esta dificultad se acentúa en presencia de sus padres.

Se le propone entonces disponer de ese espacio para jugar algún juego. Alberto acepta, eligiendo ir a jugar al *pool*, curiosamente un juego que sólo puede jugarse fuera de la casa. Esto produce un giro en el tratamiento, pudiéndose extraer a partir de allí un riquísimo material de análisis que —en la medida en que se fue desplegando y sosteniendo el vínculo transferencial—, hizo visibles ciertos movimientos que bien podrían situarse en el nivel de un reposicionamiento subjetivo.

Desde ese momento —y salvo contadas excepciones— las entrevistas transcurren en un bar situado a pocas cuadras de su casa, en donde hay varias mesas de *pool*. El juego se constituye entonces en un nuevo escenario, que le permite a Alberto comenzar a desplegar *Otra Escena*. A pesar de su notable dominio de la técnica, no puede ganar la mayor parte de los partidos: cuando está en situación de hacerlo, se las arregla para perder. Habiéndosele señalado esto, dice que no sabe qué le sucede. En las siguientes entrevistas se juegan dos partidos cada vez, de los cuales sistemáticamente uno lo pierde: si pierde el primero, juega el segundo en forma brillante, dejando sin chance al oponente. Si el primer partido lo gana, comete alguna *infracción* que le hace perder indefectiblemente el segundo. El desempate, se deja siempre en suspenso.

Entretanto, la situación familiar se va estabilizando, estableciéndose entre Alberto y su padre una relación más llevadera: cuando el padre tiene algún trabajo, él lo acompaña. Al cabo de un tiempo, cuatro meses después de iniciado su tratamiento, y a través de una persona conocida del padre, Alberto consigue un trabajo como cadete, en una empresa cercana a su domicilio. Cuando se le presenta esta alternativa, ya había

terminado de cumplimentar todos los trámites de inscripción en el *Proyecto Joven*¹, estando en condiciones de comenzar cualquiera de los cursos de capacitación laboral que allí se ofrecían. Opta, sin embargo, por aceptar ese trabajo, que representa además para él una posibilidad de contribuir para aliviar la difícil situación económica familiar.

Si bien Alberto puede sostener su espacio laboral, rápidamente comienzan a aparecer algunos obstáculos en relación al mismo, como ser la demora en los pagos —pautados en forma semanal— y la suspensión de algunas jornadas de trabajo ante un viaje al exterior del director de la empresa. Alberto se sintió defraudado porque le habían prometido pagarle semanalmente por su trabajo, y él a su vez se comprometió a darle parte del dinero a su madre, y a saldar algunas deudas que tenía: “*Ahora, me hicieron quedar mal*”, dice, evaluando la posibilidad de abandonar su trabajo. Se le sugiere la posibilidad de abrir un tiempo de espera hasta la semana siguiente, antes de tomar una decisión, mostrándose muy orgulloso en la entrevista siguiente al haber cobrado su salario, aunque le quedaron debiendo una parte: pudo pagar sus deudas, darle algo de dinero a su madre, y —dice— “ahora me deben a mí”.

El éxito laboral introduce, sin embargo, un nuevo frente de tormentas: tiene una serie de enfrentamientos con su hermano mayor, quien se siente molesto porque Alberto gana aproximadamente el doble de dinero que él, quejándose por lo que considera resultado de la suerte, aunque puede leerse que en forma encubierta recrimina a sus padres una supuesta injusticia por haberle conseguido a Alberto un trabajo mejor pago que el suyo.

Al poco tiempo, sus demoras para realizar su trabajo son penalizadas con una reducción importante de su salario, de lo que se le paga por cada hora de trabajo.

Se trabaja en las siguientes entrevistas acerca de esta situación, que Alberto puede relacionar con otros episodios en los que aventaja a su hermano, poniéndose en cuestión si se trata o no de hechos azarosos.

¹ Durante los noventa se implementaron diversos proyectos de capacitación laboral dirigidos a los jóvenes —*Proyecto Joven* o *Proyecto Imagen*—, destinadas a revertir el desempleo que las políticas neoliberales comenzaban a generar, y cabe observar que a medida que aumentaban los problemas de empleo, se multiplicaban los programas pero sus niveles de cobertura disminuyeron. El *Proyecto Joven* (1994-2001), fue el programa que tuvo mayor cobertura, duración y presupuesto, se pagaba a los beneficiarios una beca para viáticos de cuatro pesos por día durante el período de formación y de ocho pesos por día durante la pasantía. En articulación con las políticas de *flexibilización laboral*, estos fondos provenían del *Proyecto* y no estaba contemplado que las firmas o compañías que admitían a los pasantes les asignaran retribución alguna.

En una entrevista en la que gana los dos partidos que se juegan en forma brillante, se le pregunta si él piensa que había ganado por suerte. Esto abre la posibilidad de un trabajo asociativo en el que puede reconocer que hay cosas en las que aventaja a su hermano y otras en las que no, despejando el lugar del azar. El trabajo con estos elementos cobra su importancia en la medida en que permite situar la culpabilidad que parece ponerse en juego para Alberto ante la posibilidad de superar al *Otro*.

En las siguientes entrevistas se continúa trabajando a partir del material que se fue desplegando en relación al juego. Luego de perder un partido, errando tiros habitualmente fáciles para él —y habiendo ganado sin dificultades y por un amplio margen el primer partido—, se le señala que “a veces pareciera que se dejara ganar”. Dice que no sabe qué le pasa, *se desconcentra*. Se le pregunta en qué otras ocasiones, o ante quién, le sucede algo parecido. Luego de unos minutos de silencio, responde que le pasa lo mismo con su madre, a veces se queda sin palabras: él sabe que podría responderle algo para “ganar la discusión”, pero en el momento no se le ocurre nada.

En la entrevista siguiente, Alberto gana los dos partidos, lo que parece estar en relación a la posibilidad de ubicarse en otra posición. Desde allí, retoma esta problemática, pero en forma invertida: dice que también él muchas veces deja sin palabras a su madre, quien necesita del discurso religioso para sostener sus argumentaciones, resultando con frecuencia imposible diferenciarlo de sus propias palabras. A continuación, relata momentos en que su madre, desde el discurso de esa religión —que él no comparte—, intenta imponerle cosas, costumbres o formas de comportamiento. Con motivo de las fiestas de *Navidad* y *Año Nuevo*, por ejemplo, se muestra en desacuerdo con la posición de su madre, que no avala ningún tipo de festejo: “Nunca festejamos nada, ni los cumpleaños”, se queja. Cuando pide a su madre que justifique esas decisiones, que le dé un sentido a aquello que intenta imponer, es ella la que se queda sin palabras. Puede reconstruirse, a partir de esto, un importante fragmento de la historia familiar: esta religión le es transmitida a su madre como un legado familiar, a tal punto que hasta donde Alberto recuerda, todos sus familiares por vía materna han sido siempre *Testigos*. Cuando pide a su madre una palabra propia, se encuentra allí precisamente con esta limitación.

A partir de una situación planteada en el ámbito laboral respecto de la cual Alberto y su padre presentaban una diferencia de opiniones —a partir de lo que comienza a recrudecer nuevamente la tensión entre ambos—, se consideró conveniente

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

ofrecer el espacio de tratamiento del joven para abordar esa problemática. Durante los meses de verano, el joven tuvo poco trabajo debido a que la empresa que lo empleaba vio también reducidas en esos meses sus actividades. Dado que se le pagaba por hora, sus ingresos se redujeron considerablemente. Esto trajo para él, por momentos, algún enojo hacia la empresa, hacia sus jefes, aunque luego de evaluar la posibilidad de que con el comienzo del año laboral sus ingresos vuelvan al nivel anterior, Alberto decide esperar. Entretanto, también dice estar atento a la aparición de alguna otra alternativa. Pero no quiere quedarse sin nada, recordando además que en ese trabajo, en los meses de mayor actividad laboral “ganaba muy bien”.

Su padre, sin embargo, lo precipita a la confrontación con sus jefes, le dice que es un vago, que tiene que exigir que le den más trabajo, “hacerse respetar”. Lo elaborado en las entrevistas anteriores parece haber permitido que Alberto despliegue esta problemática a tiempo, aceptando la propuesta de realizar algunas entrevistas con su padre.

En esas entrevistas, el padre puede reconocer que éste es un problema que también a él se le presenta en los meses de verano, período en el que habitualmente tiene muy poco trabajo, aceptando finalmente la decisión de su hijo de esperar un mes más, antes de dejar ese empleo. Efectivamente, al poco tiempo su trabajo se reactiva, y el joven vuelve a trabajar con mayor regularidad, disolviendo esto la sentencia de “vagancia” lanzada inicialmente por su padre como traducción, como significación unívoca.

De estas entrevistas queda además otro rédito muy importante, y es que Alberto puede entablar un diálogo con su padre, quien por otra parte, más allá del contenido de sus afirmaciones —entre las cuales remarca “no creo en los psicólogos”—, se brinda a la entrevista con mucho interés, pudiendo finalmente decir algunas palabras de reconocimiento respecto del espacio de tratamiento y de los cambios que observa en su hijo. La posibilidad por parte de Alberto de sostener su posición ante el erróneo pronóstico de su padre parece indicar, por otra parte, la apertura de una nueva modalidad de vínculo entre ambos, disolviéndose —al menos momentáneamente— la tensión en sus vínculos familiares.

De las entrevistas posteriores, y a partir de la reelaboración que puede hacerse respecto de esos encuentros, surge otro elemento de suma importancia: Alberto puede notar la posición de angustia desde la que habla su padre; angustia que aparece ligada,

fundamentalmente, a las dificultades que él mismo encuentra para sostenerse su función, como sostén de la familia en lo económico. El encuentro con la inconsistencia de su padre lo sorprende, en tanto que esta vez puede tener un registro consciente de él. Pero eso, esta vez no lo paraliza, más bien puede decirse que le permite explicar sus motivos y sostener su posición: él no quiere dejar ese trabajo, tiene expectativas de poder progresar allí, y quiere demostrarlo. En las entrevistas siguientes, se continúa jugando al pool...

III. El juego como soporte temporal

Marcelo llega a la primera entrevista acompañado por su madre y sus dos hermanos menores, con quienes actualmente convive desde el momento en que fuera externado del *Instituto* en el que permaneciera durante varios meses por la causa penal que se le abre en un *Juzgado de Menores* por *tentativa de robo con arma*. Vive también con ellos el marido de la madre, quién es el padre de los otros niños. En la parte delantera de la casa han instalado desde hace algunos meses un negocio de almacén y verdulería, en cuya atención el joven colabora con su madre y su padrastro. En verdad, con el correr de los meses es él quien va quedando como el principal responsable de esa tarea —tanto de la atención del público como del aprovisionamiento— ocupando en ello la mayor parte del tiempo.

Respecto de su padre, no volvió a verlo desde que salió del *colegio* —así es como llama su madre al *Instituto*—, pero fue a verlo “en todos los horarios de visita” mientras estuvo internado. Anteriormente, el padre iba a visitarlo a la casa de su abuela materna, en donde Marcelo vivió toda su vida. Al preguntársele el motivo por el cual él no iba a la casa de su padre, dice que *ni la mujer ni los otros hijos del padre saben nada acerca de su existencia*: cuando su mamá quedó embarazada, él ya estaba casado y tenía tres hijos. A pesar de eso, el padre lo reconoció como hijo legítimo, dándole además de su apellido también su nombre, y manteniéndose siempre en contacto con él. Pero nunca dijo nada sobre eso a su familia.

Si bien desde el inicio el joven se muestra muy cordial con el terapeuta, asistiendo regular y puntualmente a las entrevistas —algunas veces incluso varios minutos antes de su horario—, es muy reservado, jamás habla por iniciativa propia, y cuando se le formulan preguntas se limita a contestar con mucha cordialidad, pero muy

escuetamente. Esto traía como inconveniente que, luego de realizarse dos o tres preguntas, como ser “¿si había tenido noticias de su padre?”, “¿cómo había estado esta semana?”, o “¿cómo estaban las cosas en su casa?”, siendo sus respuestas del tipo: “sí”, “no”, “bién”, a los pocos minutos se producían silencios incómodos e insostenibles. Él no hablaba, y resultaba un forzamiento insistir con más preguntas, considerándose prudente no generar un incremento de la tensión en el vínculo. Pero entonces, ¿cómo intervenir?

Se le propuso entonces al joven jugar a algún juego. Ante su aceptación, se lo invita a que elija el que más le guste, optando el joven por un juego de naipes, *el Truco*. Dice que no sabe jugar muy bien, pero sin embargo se muestra muy interesado, gana la primera partida y acepta la propuesta de continuar con ese mismo juego en la próxima entrevista. En los encuentros siguientes se suceden las partidas, en cuyos intervalos se van acompañando los diálogos con el juego: algunas veces, el joven responde a las preguntas del terapeuta de manera escueta, cerrada, tal como en el inicio, optándose en esas circunstancias por seguir jugando sin mayores insistencias; pero por momentos, Marcelo empieza a hablar de aquellas cuestiones por las que se siente afectado. Entonces el juego se detiene, durante todo el tiempo que fuera necesario para darle lugar a la palabra.

Así, va instalándose como tema central de las entrevistas el vínculo con su padre. Marcelo se muestra interesado en volver a tomar contacto con él, no sabiéndose el motivo por el cual el padre no volvió a llamarlo. Una de las cuestiones que se va pudiendo introducir como pregunta es porqué él asume una posición de espera, qué le impide ser él quien tome la iniciativa de producir tal encuentro. A partir de esto, el joven comienza a plantearse cuáles podrían ser las vías posibles para hacerle saber a su padre sobre sus ganas de verlo, sin que esto traiga como consecuencia el desencadenamiento de una *catástrofe familiar*. Puede situar que sus tíos paternos viven en la casa de al lado, y están al tanto de todo lo acontecido. Con uno de ellos ha tenido contacto con mayor frecuencia, aunque no muchas veces. Pero podría intentar por allí.

Poco tiempo después, sorpresivamente —habiendo transcurrido tres meses desde el inicio del tratamiento—, el padre se presenta para participar en una entrevista. Ese día, Marcelo había sido acompañado por su abuela materna. Antes de entrar, el padre le indicó a su abuela que espere afuera del consultorio, movimiento que en el momento pasó desapercibido, pero que luego fue ubicado como causa de un gran malestar:

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

primero por parte de la abuela, y luego por el joven. Pero en el transcurso de la entrevista nada de esto apareció. Como punto relevante, el padre dice: “Yo nunca supe cómo hacer para resolver esto”, en referencia al desconocimiento por parte de su esposa e hijos de la existencia de Marcelo. En esa entrevista puede plantearse, además, la dificultad con la que el joven se encuentra cada vez que tiene ganas de comunicarse con el padre, aunque éste se muestra sorprendido: “¿Vos no lo tenés, el número del tío?”. La que tiene el teléfono es la abuela, pero el joven nunca se lo pidió.

Durante algunas semanas se trabajó sobre el impacto que tuvo esta primera entrevista realizada con el padre, ese malestar que había provocado en la abuela, quien pidió hablar con el terapeuta, quejándose de lo ocurrido, que el padre de Marcelo no le haya dado lugar. El joven también se muestra disgustado, en sintonía con lo que dice su abuela. Pero en las entrevistas siguientes se puede ir recuperando algo de lo que se habló con su padre, el interrogante acerca de por qué nunca tuvo su número telefónico. Desde ese día, no había vuelto a tener noticias de su padre. Se le plantea la posibilidad de citarlo, de tener una nueva entrevista con él para poder conversar acerca de lo que había sucedido. Quizás su padre —se le sugiere— no estaba al tanto de todo lo que se había generado, puesto que en ese momento ni él ni su abuela le habían dicho nada al respecto.

Sin demasiado entusiasmo, acepta de todos modos la propuesta.

En las entrevistas siguientes se sucedieron los desencuentros entre Marcelo y su padre, puesta en escena ahora jugada dentro del marco del tratamiento. El padre fue vuelto a citar, pero no se presentó. Marcelo, tampoco asiste a ese nuevo encuentro, su madre no lo deja porque “no quiere que regrese tan tarde a la casa”. El horario pautado era a las 17.00 hs. Se vuelve a llamar al padre, quién dice que “no asistió porque perdió la dirección”. Se combina un nuevo horario al cual, esta vez, el padre asiste pero Marcelo no, según dice por los mismos motivos de la vez anterior, a pesar de que el horario acordado era aún más temprano.

De esta nueva entrevista con el padre surgen datos de mucho interés, uno de ellos es que el abuelo materno de Marcelo, en el momento en que su madre quedó embarazada, era *peón* de su padre en un organismo municipal, al igual que su actual marido. “Ella era una pendeja de 17 años, me buscaba para salir” (...) “Yo ya era un hombre grande” (...) “El padre de ella se enojó mucho conmigo” (...) “Después, ella conoció a ese muchacho, y un día vino a preguntarme qué me parecía a mí”. Por otra

EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

parte, hace cuatro años ocurrió un episodio que lo golpearía mucho: uno de sus hijos, el segundo de su matrimonio legítimo, fue muerto en manos de la policía: “Se llamaba Marcelo, también”, agrega entre lágrimas.

Se establece un nuevo horario para realizar una entrevista con ambos para la semana siguiente, a la que asiste Marcelo pero no su padre, por estar “engripado”. Finalmente, dos meses después del primer encuentro, se pudo realizar una segunda entrevista con la presencia de ambos. Se retomaron entonces los temas planteados por cada uno de ellos en las entrevistas anteriores en ausencia del otro: el reclamo del padre hacia Marcelo, bajo el supuesto de que su falta de afectuosidad hacia él sería un indicio de que no tenía ganas de verlo; el reclamo de Marcelo hacia su padre por el *desplante* hecho a su abuela. Pero, por sobre todas las cosas, lo que puede plantearse es la dificultad que tienen ambos para comunicarse.

A partir de esto el joven puede comenzar a recordar algunos fragmentos de su historia, especialmente en relación al vínculo con su padre. Este, hasta a la edad de 10 años aproximadamente, lo visitaba al menos una vez por semana, todos los sábados. Luego, las visitas comenzaron a espaciarse sin previo aviso, Marcelo esperaba a su padre y este no iba hasta la semana siguiente, sin darle más explicación que decirle que “no había podido ir”. Cuando eso ocurría, él no atinaba a responder nada, resultándole difícil aún en la actualidad decir qué le sucedía en esos momentos. Se le pregunta si esas ausencias de su padre podrían tener alguna relación con esa disminución de la afectuosidad hacia su padre. “Puede ser”, dice vacilante.

Luego de esta entrevista, el padre no vuelve a comunicarse con él, y él tampoco vuelve a llamarlo, ni siquiera para *el día del padre*. Dice que siente ganas de verlo, pero prefiere esperar a que sea su padre quien tome la iniciativa para verlo. Entretanto, el joven va pudiendo apropiarse con mayor confianza de su espacio, y en las entrevistas se continúa jugando al *Truco*. El tratamiento de Marcelo se continuó durante once o doce meses, a lo largo de los cuales se realizaron varias entrevistas más con el padre, en las que se fueron abordando las distintas cuestiones que obstaculizaban el vínculo, abriéndose cada vez la conversación sobre cómo ir sorteándolas. A pesar de haber nuevos períodos de alejamiento, los encuentros de Marcelo con su padre comenzaron a hacerse más frecuentes, hasta que en un determinado momento el padre tomó la *costumbre* de pasarlo a buscar, en el horario en que finalizaban las entrevistas.

Poco tiempo después, comenzó a plantearse la posibilidad del alta clínica, momento en el cual comienzan a aparecer problemas en la relación con la madre, hasta ese momento no abordados. Se trabaja en torno a ello durante algunos meses hasta que finalmente, atravesadas esas cuestiones, se dio por finalizado el trabajo.

IV. Para finalizar...

A modo de conclusión, sólo resta decir que el material aquí compartido apenas ilustra en un par de pinceladas el valor que la implementación de este recurso puede alcanzar en la experiencia clínica con adolescentes, que en cada ocasión resulta ser una desafiante puesta a prueba de los límites del dispositivo analítico, tanto como del bagaje técnico y la creatividad de los analistas que se aventuran a su abordaje.